

(02047)

La batalla de las primarias

Por fin había llegado el día... María, por un lado, lo esperaba con ansia para que todo terminara cuanto antes, pero por otro temía que hubiera llegado demasiado pronto; no había modo de saber si este día llegaba en el momento que más convenía a sus intereses. Pero las primarias para las agrupaciones como la de Mospintoles habían sido fijadas por la dirección nacional del partido hacía tres meses sin tener en cuenta los condicionamientos locales.

Segis, el alcalde, que controlaba el órgano ejecutivo de la Junta local mospintoleña, se volvía a presentar sin rubor como el candidato oficialista. Ella, a pesar de haber ido como número dos en los últimos comicios, o quizá por eso, encabezaba al sector crítico. Crítico con una gestión inexistente que el votante ya había castigado al término del anterior cuatrienio, retirándole los apoyos en las últimas elecciones. El notable descenso de votos se tradujo en menor número de concejales y el partido había perdido la mayoría absoluta de la que llevaba disfrutando desde que se volvieran a hacer con las riendas del municipio a mediados de los noventa. En algunos sectores saltaron las alarmas.

Ahora, pasadas las doce del mediodía, y tras una breve Asamblea que se había reunido en segunda convocatoria, como de costumbre, se había abierto la mesa electoral para que cada copartidario depositara uno de los tres votos posibles: o bien Segis, o bien María o bien en blanco. María Reina tomó asiento en la sala de reuniones en un punto desde el que se controlaba lo que ocurría en el despacho donde estaba ubicada la urna, supervisada por los tres comisarios enviados por la dirección regional y dos interventores por cada candidatura.

Tenía por delante cuatro horas en las que no se movería de allí, y se dispuso a repasar los acontecimientos que la habían llevado a esta situación, tensa pero esperanzadora.

Había aguardado dos años tras los últimos comicios para comenzar a mover piezas o a hacer que otros las movieran por ella. Durante ese ínterin se había ido rodeando de una camarilla que le iban a ser fieles y en los que podía confiar, siempre a cambio de algo, aunque fueran vagas promesas. Y había estrechado lazos con compañeros bien posicionados en el comité regional. También se había ido ganando el favor del pueblo con actuaciones particulares que no fueron del gusto de Segis y de la Junta Directiva Local que comandaba. Fue cuando la anécdota se convirtió en hábito que Segis comenzó a sospechar que el primer enemigo lo tendría en casa. El último movimiento importante y más trascendente de cara al público fue su aparición en el palco del Rayo el día del ascenso, habiéndose procurado previamente y de forma artera apartar a Segis de Mospintoles para ese día. Pero éste era el juego de la política, una batalla donde las reglas las pone uno mismo de forma imprecisa.

Como era lógico, la relación entre ambos se había ido enfriando, y en el ayuntamiento, poco a poco, comenzaron a notarse las diferencias. Sin embargo María estaba satisfecha porque ambos supieron guardar la compostura de cara al público y a los trabajadores municipales.

El distanciamiento se hizo patente cuando la dirección nacional del partido fijó fecha para la elección de candidatos municipales. Ahí se dio el pistoletazo de salida para todo tipo de manipulaciones, y ella no era mujer que se quedara atrás. Haciendo uso de los estatutos del partido, había presentado su candidatura avalada por un importante porcentaje de copartidarios.

No hubo más candidaturas críticas, lo que María agradeció pues le hubieran restado votos a ella; sabía que la votación iba a ser reñida... un puñadito de votos podría ser decisivo. Así pues había que movilizarlo y controlarlo todo por extenso. Era preciso llegar a cada votante, e influir en ellos a fin de que cada uno a su vez influyera en su circulito de amistades dentro del partido.

El grupo de María —y la técnica empleada por Segis fue la misma— elaboró tres listas con el censo del partido. A un lado colocaron los que la apoyaban incondicionalmente y al otro lado los que sabían que apoyarían de la misma forma a Segis. De las personas de estas dos listas a penas había que preocuparse; la inmediatez y la cercanía hacían complicada la traición o la disidencia. Eso sí, había que tratar de no enemistarse con ninguno de sus incondicionales, cosa no tan sencilla como pudiera parecer. Cualquiera era capaz de atreverse a pedir futuras prebendas con la certeza de que sería escuchado en momentos tan delicados.

Contra el vicio de pedir, la costumbre de no dar, reza un dicho de nuevo cuño, y María hizo promesas que sabía que no cumpliría —a veces porque prometió lo mismo a diferentes personas—. Eran los tiempos de las conversaciones a media voz, de charlas en los pasillos, de aguardar el momento para asaltar al candidato sin que hubiera testigos. Las más de las veces valía con una velada insinuación de aceptar la petición. Quien solicitaba un favor o prerrogativa futura en estas condiciones no contaba con la fuerza moral necesaria para forzar la situación y exigir una declaración abierta. Las miradas y las sonrisas ocupaban una parte importante del lenguaje no verbal y eran más elocuentes —y más falsas— que lo que se decía por la boca. María era un águila en estas distancias.

Mientras meditaba sobre este punto, Toni, uno de sus colaboradores más cercanos, se le acercó y hablándole al oído le informó de que el vehículo particular de un adlátere de Segis con el que acercaban a la sede a compañeros del partido que residían fuera de la capital del municipio se había visto envuelto en una colisión. Sólo daños materiales, pero quedarían fuera de circulación por el resto de la jornada electoral, que habida cuenta del censo no era más que de cuatro horas.

—Es una lástima —se burló cínicamente María—. Con un poco de suerte quizá sólo pierdan una decena de votos.

Supo que la zona del municipio que los hombres de Segis cubrían con el coche accidentado era la parte sur, la más alejada de la ciudad.

—Dile a nuestro interventor que a las cuatro en punto quiero que se cierre la mesa electoral. Ni un segundo más. Pero que dentro de diez minutos pregunte si ellos tendrían inconveniente en alargar media hora el cierre de las votaciones.

María se sumió de nuevo en sus reflexiones, tratando de dar con algún cabo suelto a tiempo de solucionarlo. Y pensó en la tercera lista, la de aquellos compañeros que o bien estaban indecisos o bien habían caído en el esplín. Se hizo preciso averiguar qué pensaba cada votante (después de todo eran poco más de tres centenares, un número que puede alcanzarse manualmente) y hacerle llegar un mensaje personalizado, alimentando la esperanza de que sus expectativas de partido se verían satisfechas si le otorgaban el voto.

Importante en esta maquinación fue crear la sensación de que el sentir general del partido estaba con ella, y así dio consignas a su círculo más inmediato para que las transmitieran de boca en boca a fin de llegar a los compañeros menos participativos, pero con derecho a voto. Sabido es que hay quienes votan lo que creen que votará la mayoría y así sentirse parte integrante del movimiento dominante.

María enviaba mensajes de renovación, de aires nuevos, de un nuevo ciclo más abierto y transparente que el anterior, y trató de contrarrestar los argumentos de Segis, que por su parte hacía hincapié en la solidez que proporciona la continuidad, sin aventuras que pudieran arrojar un imprevisible balance.

En el apartado de las críticas y reproches mutuos ambos habían sido muy cautos, para no dar carnaza a la prensa y un sabroso bocado a los partidos rivales. Pero en petit comité María enarbolaba los últimos resultados y la tendencia a la bajada de votos que experimentaba el partido. Segis se defendía también en su círculo próximo alegando que cierta fluctuación era normal pues no podía mantenerse una constante tendencia al alza en cada nuevo sufragio.

El alcalde atacaba a María, mediante mensajes que sus allegados transmitían, exponiendo la bisonñez de la candidata, y aducía que la fruta aún no estaba madura, que el relevo era prematuro. Que para la próxima legislatura María sería mejor candidata a la alcaldía, estando mejor preparada.

Ésta contraatacaba ante los suyos, que a su vez servirían de correa de transmisión para anular las diatribas del alcalde, con el argumento de que no podían exponerse a perder la alcaldía para satisfacer los deseos personales de Segis, que eran jubilarse como alcalde antes que volver a su anterior ocupación en el banco. Y en estas batallas habían ido pasando los dos últimos meses.

Allí estaban, ante la urna donde cada afiliado depositaba su voto secreto, y que se iba llenando de papeletas poco a poco. Para las cinco de la tarde todo habría concluido. María, de perder estas primarias, saldría del ayuntamiento y su futuro político sería incierto, pues no tenía ningún otro cargo, a pesar de haberse procurado apoyos y simpatías en la dirección regional del partido. Pero ahora estaba sola. Sola ante el peligro... Si ganaba Segis, la dirección regional cerraría filas en torno a él. Así tenía que ser y así había sido siempre.

Segis también se jugaba algo más que su futuro político. De perder las primarias tendría que volver a la ventanilla del banco por espacio de cuatro años hasta que le llegara la jubilación. Y con los rumores de que la jubilación se extendería hasta los sesenta y siete años, la perspectiva de trabajar anodidamente siete años más no era nada halagüeña.

Mientras sonreía a unos, tenía palabras de agradecimiento para otros, y dejaba que Segis hiciera los recibimientos en la puerta de la sede, María comenzó a repasar los últimos acontecimientos.

Recordó una conversación que tuvo **con Galindo, la mano derecha de Segis**, cuando registró su candidatura en el partido:

—No se puede echar a un alcalde que ha ganado las últimas elecciones con mayoría absoluta —le había espetado acremente Galindo.

Segis había conseguido la mayoría absoluta con los últimos votos de un par de pueblos —ni siquiera había ganado en la circunscripción del barrio donde residía—, pero no quiso entrar al trapo:

—Olvidas que quien ganó las elecciones fue el partido... deja que sea el partido quien decida el candidato a la alcaldía.

El partido, siempre el partido, un ente informe que en ese momento puntual eran las bases, pero que luego, y por un espacio muy amplio de tiempo, el partido sería los dirigentes con mayor músculo político, los que crearan corrientes de opinión, los que supieran atraerse las simpatías de su entorno, los que supieran captar a otros menos líderes que buscaban, como pulgas, un perro que las llevara hasta su siguiente destino.

El partido sencillamente no existía; sólo era un grupo reducido de personas que desembarcaban en su órganos de gobierno, que manipulaban la opinión pública interna, y que lo hacían suyo con intención de perpetuarse, pero que podrían salir atropelladamente si una torpe gestión en momentos que el porvenir decidiría si eran trascendentes les ponía en el ojo de un huracán que barrería los órganos de gobierno afectados. Pero si sabían navegar sin dar fuertes bandazos quizá porque ninguna tormenta les salía al encuentro para ponerles a prueba, entonces el aparato del partido tendía a perpetuarse contemplativamente.

Y así había ocurrido con Segis y su grupo durante los últimos dieciséis años, dirigiendo el partido y el ayuntamiento. Las reuniones entre el grupo municipal y el órgano rector de la célula de Mospintoles habían ido desapareciendo. En palabras de Segis, "para qué voy a reunirme conmigo mismo si ya sé lo que estamos haciendo". Era este despotismo lo que más odiaba María. Pero en su fuero interno sabía que ella, en la situación de Segis, hubiera actuado de la misma forma.

El bando de Segis, que dirigía la Junta local, les habían negado el censo actualizado del partido y ella debió recurrir por escrito a la dirección regional del partido. Los de Segis sabían que María se haría con el censo completo del partido en Mospintoles, nombres, apellidos, direcciones y teléfonos, pero una semana perdida era suficiente para que ellos tomaran la iniciativa.

María había previsto esta jugada y por ello se había ido haciendo con una copia del censo, pero urgía la relación actualizada de votantes a fin de ajustar las cuentas. Ambos candidatos se habían ido ocupando de engordar las afiliaciones mediante su red de afines. Cada cual había tratado de afiliarse a gentes que les eran próximas, sobre todo familiares que no les traicionaran. La posibilidad de afiliación con derecho a voto en las primarias se había cerrado cuando se fijó la fecha para las mismas y esa era la relación que importaba. Pero necesitaban conocer las posibles bajas de última hora y el total de altas aportadas por Segis.

El grupo del alcalde era el que tenía menos recorrido en lo que a nuevas incorporaciones se refiere, pues tenían más "tierra quemada" a su alrededor por el desgaste acumulado.

María, que sabía a lo que jugaba, para no dar pistas a Segis, y convenientemente informada con antelación por una calculada filtración de la fecha de cierre de las afiliaciones con derecho a voto, había llevado personalmente el día anterior a la dirección regional un buen puñado de afiliaciones, por lo que Segis tuvo noticia del censo final prácticamente a la vez que María. Esa escaramuza se la había apuntado ella. Y quizá ese puñado de afiliaciones fueran las que hicieran la diferencia tras el escrutinio.

Luego había llegado el temido vis-a-vis con afiliados a los que nunca antes se había dirigido y, peor aún, con algunos que tal vez hubieran sido ofendidos por María en el pasado. Ahora se trataba de detectar y cerrar esas pequeñas cicatrices donde las hubiera, porque de los enemigos declarados era estúpido esperar nada positivo.

Hubo que ir casa por casa, trabando conversación con los afiliados menos dados a participar, para conocer las inquietudes de cada cual, sus esperanzas y sus resentimientos para aplicarles el consabido bálsamo verbal bajo el formato de promesa. Ilusionar al abúlico, enamorar al crítico, convencer al escéptico. Y todo a través de terceros, sus hombres de confianza, que, había que reconocerlo, se

habían movido con precisión y precaución y fieles siempre a las directrices que se les dieron.

Ahora tocaba ganar para luego tener que convencer a toda una población y finalmente, de salir victoriosos nuevamente, habría llegado el momento de demostrar esa capacidad de gestión que sus pupilos atesoraban.

María pensó que todo el sistema estaba patas arriba. Ella siempre creyó que cuando un político llega a un cargo tiene que haber demostrado su capacidad de gestión con creces. De lo contrario se estaba jugando con el dinero del contribuyente. Pero las reglas no las había puesto ella. En algún momento de la ya no tan joven democracia española la edad de los cargos políticos se había rebajado, y ahora era habitual ver concejales imberbes y concejalas bisoñas que iban aprendiendo a base de llevar chaquetazos. Incluso había ministras treintañeras sin recorrido político fuera del partido y sin vinculación alguna con la cartera que les habían regalado. Y así le iba al país, de mal en peor. ¿Dónde estaban los viejos? Ella misma podía ser un ejemplo, mediada la cuarentena, de solvencia para una alcaldía pero inexperta para un ministerio, incluso para una secretaría general. ¿A qué las prisas?

En estas y otras consideraciones se fue pasando la tarde. Alguien, no recordaba ahora quién, le había traído unos par de pinchos calientes y una cerveza fresca. Luego le trajeron un termo de café caliente.

Quedaban diez minutos cuando llegó un pequeño contingente de copartidarios que acudían a votar. Entre el pequeño tropel distinguió dos personas que confiaba que le fueran favorables, y les saludó con una sonrisa amable. Uno de ellos la guiñó un ojo y sonrió a la vez que hacía un ligero cabeceo hacia quienes le acompañaban, con lo cual María entendió podía esperar que todo el grupito le sería proclive. Devolvió un imperceptible gesto de agradecimiento.

Poco después se cerró la votación. Se transportó la urna a la sala de reuniones y tras las correspondientes formalidades y ante una nutrida concurrencia se desprecintó la urna. Había allí unas cincuenta personas más la prensa mospintoleña. María observó como los interventores de Segis se tiraron a ansiosos hacia esos últimos votos que habían quedado sobre los demás. El secreto del sufragio era así vulnerado. Había que ser perro para actuar de aquella manera, pero María pensó que los suyos hubieran hecho otro tanto si los últimos votantes hubieran sido más de la cuerda de Segis.

Se inició el recuento y dado que todos preveían una ajustada votación los interventores, que previsoriamente habían separado a la concurrencia de la mesa, revisaban ávidamente cada voto en busca de un arañazo, un raspón o una modificación en una papeleta del rival que la convirtiera en un voto nulo.

Una sola rayita a boli hubiera supuesto que la papeleta fuera impugnada por los contrarios. Se subía así el nivel de exigencia, pero a la larga cualquiera podía perjudicarse a sí mismo pues no sabían qué paletas suyas aparecerían con defectos.

Pronto se contabilizaron tres votos casi consecutivos para un inesperado Homer Simpson, con su cara dibujada en las papeletas. Por el lugar en la pila de la urna donde aparecieron esos sobres habían votado hacia el final, y María recordó a tres jóvenes inconformistas que habían aparecido media hora antes del cierre. Cuando sonrió, levantando la vista, se dio cuenta de que los presentes mantenían el mismo rictus en la cara. Los tres votos nulos habían sido identificados. Si al menos se hubieran espaciado en el momento de votar... María se hizo un apunte mental. La próxima vez se vaciaría cuidadosamente el contenido de la urna en la mesa; así los primeros votos que nadie podía identificar quedarían arriba del montón quedando el secreto del sufragio más garantizado. Al fin y al cabo, de alguna manera oculta, ella simpatizaba con aquellos tres rebeldes inconformistas. Quizá llamara a uno de ellos para proponerle que la acompañara en la lista de su candidatura. Antes tenía que ser investida candidata por su partido, y el escrutinio iba rápido... y parejo.

Comenzó a ponerse nerviosa... Percibió las miradas de Segis pero no quiso mirarle abiertamente. Luego de un breve espacio de tiempo decidió levantar la vista y mirarle. El todavía alcalde se había concentrado en lo que ocurría en la mesa, y tenía la boca abierta... María hubiera jurado que estaba babeando, pues un hilillo brillaba de su boca hacia su barbilla. ¡Qué patético le pareció entonces el mundo de la política!

Apareció una papeleta con el nombre de María pero estaba tachado y justo debajo ponía PUTA, y debajo SEGIS ALCALDE. La papeleta era claramente un voto nulo pero los interventores de María se enfadaron e iban a iniciar una rueda de reproches cuando María los instó a seguir: "Señores, no se pierdan en dibujos; en realidad es un error que nos beneficia".

Más tarde, cuando la candidatura de María, luego de ir abajo durante un tiempo había remontado y cobraba una ventaja de cuatro votos, abrieron un sobre y apareció una papeleta con una cuartilla que alguien había traído de casa y la inscripción SEGIS. Los interventores de Segis la querían dar por válida pero los de María quisieron que se contabilizara entre las nulas.

—La intención de voto está clara, señores —argumentaron los comisarios de Segis.

—La normativa es más clara todavía: será nula toda papeleta que no se ajuste al tamaño aprobado; es un voto nulo —los de María no estaban dispuestos a dejarse tomar el pelo.

—Lo que ocurre es que tenéis miedo. La papeleta no atenta contra nadie y la intención del voto es inequívoca.

—Siempre habéis hecho lo que os ha dado la gana y queréis seguir haciéndolo ahora —el reproche era acre—; esta papeleta es nula, cojones. No la ha proporcionado la mesa electoral. Que lo digan los comisarios del partido.

Los aludidos, que pidieron deliberar aparte, conscientes de lo que allí se estaba jugando, hubieran preferido no tener que pronunciarse. No recordaban exactamente lo que decía el reglamento electoral que incomprensiblemente nadie tenía a mano, pero algo sí había de que las papeletas de voto debían ser las oficiales, aunque recordaban vagamente algo de que si la intención del voto era inequívoca debía validarse. ¿Se habría anulado esta interpretación en algún momento? Los comisarios estaban azorados.

Fue María la que les sacó del apuro:

—Señores, no tengan cuidado. Propongo que se prosiga con el recuento y se aparte esta papeleta hasta que finalicemos. Luego, si ésta u otras que puedan aparecer resultan ser determinantes, dejaremos que sea la Junta de Garantías Electorales la que decida a posteriori. Si no es determinante se proclamará un candidato y ya se añadirá esta papeleta al cómputo final si la Comisión decide que es válido.

A todos pareció muy juiciosa la propuesta de María, pero Alfonso, el pelota de turno, tuvo que abrir su boca:

—Desde luego, María, tú sí que sabes siempre estar en cada lugar.

El silencio que siguió a esta manifestación pública de adulación hizo que Alfonso se diera cuenta del desliz. María tampoco hizo caso de la observación y el escrutinio se retomó.

Aparecieron tres papeletas más como la que provocó la discordia; en total cuatro votos para Segis quedaban en el aire. María observaba cómo éste hablaba en voz baja con uno de sus colaboradores. Parecía que sabían de quienes eran las papeletas, pues por sus gestos se podía deducir que se estaba justificando. El cabreo de Segis era mayúsculo, y más porque la candidatura de María se escapaba en el recuento.

María recordó que los primeros en votar fueron todos los de la vieja guardia pretoriana, como llamaban a la camarilla de carcas reacios a todo cambio, votos más que posiblemente para Segis por muchas sonrisas que María hubiera podido contraponer.

Por lo tanto éste era el momento de cobrar ventaja definitiva o de lo contrario al final podría darse un vuelco, y hasta esos cuatro votos podrían ser definitivos.

Todavía quedaban unos cincuenta sobres por abrir y María llevaba ahora una ventaja de veinte votos a la candidatura de Segis. Cada papeleta que aparecía con el nombre de María empezaba a ser coreada por la concurrencia. Cuando

aparecía una de Segis el silencio se hacía en aquella sala. Y no porque no hubiera allí adeptos al alcalde, sino porque eran mucho más moderados en sus expresiones. La vieja guardia pretoriana que había mantenido a Segis en el poder durante tantos años... Y los estómagos agradecidos allí presentes tampoco tenían el ánimo para vitorear, pues no atesoraban ningún ideal. Lo mismo les daba que ganara Segis que María. Ya estaban acomodados como empleados del ayuntamiento o habían conseguido sus ventajas: una acera más ancha donde poner la terraza del negocio, un bar de copas rival expedientado, un par de licencias de taxi de más en la ciudad, una subvención injustificable...

La presidenta, cansada del gesto de extraer los sobres de la urna, sacó los sobres que quedaban, una veintena, y los depositó sobre la mesa. En ese momento Segis estaba a sólo doce votos. María no sabía cuántos de los presentes habían caído en la cuenta de quiénes habían votado en primer lugar, y consecuentemente sus votos estaban los últimos en la urna. Comenzó a ponerse nerviosa. Ahora fue consciente por primera vez de que se jugó todo a una baza, todo su futuro político a una sola mano. ¿Y si perdía? ¿Qué haría? Le quedaba el negocio familiar y un matrimonio que tendía cada vez más al fracaso. Triste futuro en perspectiva. Notó cómo sus largas uñas se clavaban en la carnosidad del talón de la mano, y se dio cuenta de que estaba reteniendo la respiración.

Algún voto más había ido a parar a la cuenta de María, pero la audiencia había enmudecido cuando Segis se acercó por debajo de los doce votos. Ya sólo quedaba una decena de sobres en la mesa y Segis estaba a ocho votos de María. Al final aquellos cuatro votos no iban a hacer falta, pues los diez de la mesa eran todos para Segis.

María notó que las piernas se le aflojaban, y sintió un vértigo en el bajo vientre. Miró a Segis, que estaba con los ojos como platos, y ahora sí podía decirse que babeaba, pues se pasaba constantemente un pañuelo por la barbilla. María pensó que si todo acababa dependiendo de aquellos cuatro votos todavía podría conseguir que la Junta de Garantías Electorales los anulase. A buen seguro la decisión no se tomaría hasta un par de días después, el tiempo justo de mover algún contacto.

Los siguientes momentos iban a deparar una sorpresa que quedó en los anales del partido en Mospintoles. Los allí presentes tardarían en olvidar lo que ocurrió a continuación. La presidenta se tomó un descanso y dijo en voz alta a la concurrencia: "Quedan diez votos por escrutar", como si no los hubieran contado, esparcidos por la mesa como estaban.

María miró nuevamente a Segis y por su sonrisa supo que él pensaba lo mismo; aquellos diez votos eran de los que habían votado al principio, eran de la gente de Segis. María quiso llorar de rabia, pero un líder nunca afloja. Mentalmente preparó su discursito felicitando a Segis, y se preparó para recibir los inútiles

consuelos que se decidan al perdedor. Segis jamás la llevaría en su lista. Roma no paga traidores.

La presidenta de la mesa abrió uno a uno aquellos diez sobres, de los cuales siete seguidos fueron en blanco, dos fueron para Segis y uno para María.

No se pudo escuchar para quiénes fueron los últimos tres. El griterío en la sala fue ensordecedor cuando se abrieron los primeros tres votos en blanco y comenzaron los nada originales “Viva María”. María Reina quiso hacer silencio en la sala, pero fue inútil:

—¡Todavía no, todavía no! Todavía hay cuatro votos en el aire...

Hubiera sido muy duro que olvidados por el gentío, aquellos cuatro votos le hubieran dado a Segis la posibilidad de presentarse a la reelección.